



HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS XXV aniversario de la Parroquia de S. Francisco El Puerto de Santa María, 11 de junio de 2010

Querido Sr. Párroco; PP y hermanos de la Compañía de Jesús; Sr. Arcipreste y hermanos sacerdotes; Representantes de Instituciones Locales religiosas y culturales; querida familia parroquial en esta Fiesta entrañable en que celebráis el XXVº aniversario; hermanos y hermanas todos:

“Lámpara es tu Palabra para mis pasos”, dice el Salmo. A esa luz vamos a meditar sobre la Fiesta que hoy nos reúne. La devoción al Corazón de Jesús ha existido desde los primeros tiempos de la Iglesia. El Evangelio de San Juan es el testigo de aquel costado abierto de Jesús, de cuyo Corazón traspasado brotó **“sangre y agua”**. De ese Corazón nació la Iglesia y por él se nos abrieron las puertas del Cielo. El Catecismo de la Iglesia afirma:

“La oración de la Iglesia venera y honra al Corazón de Jesús, como invoca su Santísimo Nombre. Adora al Verbo encarnado y a su Corazón que, por amor a los hombres, se dejó traspasar por nuestros pecados” (CIC 2669).

Como podemos ver, en esta solemnidad, no celebramos un misterio particular de nuestra fe sino que estamos invitados a contemplar el núcleo de donde brota toda nuestra salvación. Es una llamada a profundizar en el misterio de la fe, de la fe que salva; porque dice Jesús: **“el que cree en Mi tiene vida eterna”**

Camino para ver al Padre

Para acercarnos a esta devoción es necesario estar abierto al lenguaje simbólico. Así vemos que el cuerpo, nuestro cuerpo, es el lenguaje de la persona; es decir, es la manifestación visible de nuestra persona, de nuestro ser. Pues bien, en la devoción al Sagrado Corazón podemos decir que visualizamos la Persona del Verbo en aquello que constituye lo más íntimo de Cristo.

El costado abierto del Señor es la puerta por donde puedo entrar en el misterio del Amor del Verbo Encarnado; y sólo el Amor, el Amor del Hijo, nos conduce al santuario de Dios mismo. **“Quien me ve a Mi ha visto al Padre”**, le dijo el Señor a Felipe. Por eso, a través del Corazón de Jesús podemos ver y contemplar la esencia de nuestro Dios, un **“Dios rico en misericordia y perdón”**.

El Corazón de Jesús nos muestra a un Dios que nos ama siempre; y de forma gratuita; no es Él el que necesita de nuestro amor, sino que somos nosotros los necesitados. Por eso nos ama incondicionalmente y no por nuestros méritos.

Él nos ama siempre, como lo vemos reflejado en el Padre de la parábola del Hijo Pródigo, que no deja de salir a la puerta para ver si volvemos a su regazo; como el Buen pastor que se alegra de encontrar a la oveja perdida. En definitiva, en el costado de Cristo podemos escuchar la llamada de nuestro Dios para acudir a Él y dejarnos curar las heridas de los pecados con el bálsamo de su perdón.

Manantial de vida eterna

Por otra parte contemplando a Jesús, durante su vida, su agonía y su pasión vemos que nos ha conocido, nos ha amado a todos y se ha entregado por cada uno de nosotros. Como afirma San Pablo: **“El Hijo de Dios me amó y se entregó a Sí mismo por mí”** (Gál 2, 20). Nos amó a todos con un corazón humano, hecho manantial del Amor divino. Por eso, la herida abierta de Cristo nos invita a beber de esa agua que calma la sed, salta hasta la vida eterna y da la fuerza para alcanzar la plenitud de

la caridad.

Jesús ha recreado el corazón del hombre porque todos hemos sido alcanzados por la encarnación redentora del Hijo. Ahora es posible un hombre nuevo con un corazón como el suyo; la gracia de Cristo nos devuelve nuestro ser *“imagen y semejanza”* de Dios en El.

Por tanto, la contemplación del Corazón de Jesús nos llama y nos invita a coger la mano de Cristo, a beber de su costado para poder así caminar por los caminos de la donación y de la entrega. Su Corazón es fuente de fortaleza para superar las dificultades de la vida y poder caminar en la verdad, en el amor y en la esperanza. Del costado abierto de Cristo abierto brota un aliento que disipa los egoísmos, las mentiras y todo aquello que nos impide salir al encuentro de Dios y del hermano.

Corazón de la Iglesia

Al mismo tiempo esta fiesta nos lleva a entrar en la intimidad del Cuerpo de Cristo: su Iglesia. Agua y sangre brotaron del costado, esto es: la misma Iglesia simbolizada por los sacramentos del bautismo y la Eucaristía. Por tanto, el Corazón de Jesús nos permite también acercarnos al misterio de la Iglesia que se nos muestra como una realidad que pertenece a lo más íntimo de Dios. Somos propiedad e intimidad del mismo Dios. Es éste el gran misterio revelado a los pequeños y sencillos y escondidos a los sabios y entendidos de este mundo.

La Iglesia tiene también un Corazón. La Eucaristía nos muestra el Amor del Corazón de Cristo y el Amor del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Por eso el Corazón eucarístico del Señor es alimento de vida eterna y manantial de santidad para cada uno de sus miembros. Cristo Resucitado se convierte en la fuente del agua viva del Espíritu Santo, que fortalece a la Iglesia y hace nacer de ella a tantos santos y santas que son luces de esperanzas para toda la humanidad.

Pues bien, ese caudal de vida celebrado diariamente en este altar es el misterio que celebramos en el 25º aniversario de nuestra Parroquia. ¡Cuántos hermanos han encontrado en ella en ese tiempo el perdón y la salvación!. ¡Cuántos enfermos han sido consolados, cuántos pobres han sido atendidos, pero sobre todo cuánto bien y cuánta alegría produce saber que durante 25 años se ha actualizado y se ha hecho presente la salvación de Cristo!.

Por tanto hermanos, dispongámonos a dar gracias a Dios por este tiempo. Tiempo vivido también en torno al Amor de la Madre. En el Corazón Inmaculado de María, Corazón maternal para todos nosotros, tenemos cada uno un lugar reservado.

Que esta Parroquia en todos sus miembros siga creciendo en entrega y fraternidad para que pueda mostrar a esta ciudad el Amor que hoy estamos celebrando. Recordemos también las figuras de San Francisco y San Ignacio, dos grandes testigos del Amor y la gracia que brotan del Corazón de Jesús. Que así sea.

+ *José Mazuelos Pérez*
Obispo de Asidonia-Jerez